Cosas de archiveros

Por Juan José Pérez-Pons Agudo "Amandil"

—No estoy muy segura pero juraría que este pergamino no es un listado de los bienes del palacio del rey Eärnur el año de su desaparición. —Lala escudriñaba el viejo papiro mientras intentaba que la débil luz de la minúscula vela mostrará aquella escritura pequeña y apresurada—. Más bien parece una lista de suministros para una fortaleza en Calenardhon.

—¿Qué te hace pensar eso? —La voz del maestro archivero le llegó envuelta en un eco desde el otro lado de la amplia, amplísima, abovedada y oscura sala.

—Pues que aquí dice algo de treinta docenas de huevos, veinte sacos de grano y juraría que también diez barriles de vino de Lebennin.

—Mucho jurarías tú. —El archivero ahora tenía un tono recriminante—. Deja de jurar tanto y céntrate en el pergamino. ¿Acaso crees que en el palacio del rey no comían huevos o pan o bebían vino? ¡Y de Lebennin! Fresco, dulce, afrutado… Me bebería ahora una copa. Tráeme una copa Lala, no tardes. Tienes mucho qué hacer.

La joven dejó el manuscrito en el baúl de donde lo había cogido. Un baúl repleto de pergaminos como ese. Desordenado y lleno de polvo. Olvidado. No le importaba a nadie. Cómo toda aquella sala. De hecho, como todo aquél lugar. ¿Cuántas salas había como aquella? Abovedadas, inmensas, oscuras, llenas de cofres, armarios, cajones, mesas, estanterías. Todo amontonado. Todo desordenado. Si se podía andar por allí era porque con el paso de los años, ¡de los siglos!, los distintos archiveros habían abierto pequeñas rutas que permitían ir de aquí a allá. Como sendas abiertas por animales en un bosque repleto de maleza. Y ella como una cazadora, siguiendo los rastros de sus presas…

—¡El vino, Lala! —El maestro la sacó de su ensoñación.

—¡Y para mí un bocata de panceta, por favor! —La voz de Mallen llegó, como siempre, desde muy lejos, como si estuviese en otro mundo, cuando en realidad debía estar, Lala nunca lo sabía seguro, dos salas más allá. Hacia el norte, probablemente. Era extraño, en los dos años que llevaba trabajando en el archivo nunca había visto a Mallen más que unos instantes, solía limitarse a escuchar su voz y los ruidos que hacía al moverse por las distintas estancias. El maestro siempre le mandaba a buscar cosas en las zonas más profundas del archivo o en las salas inferiores. "Es un mozo pequeño y ágil" decía el anciano "y se mueve como un ratoncillo. Además me trae todos los días un par de huevos de unas gallinas que tiene en el patio". Así que Lala sólo conocía de Mallen el sonido de su voz, más o menos su tamaño, que criaba gallinas en un patio del archivo que daba al exterior y, por el nombre, que probablemente era rubio. Bueno y también sabía que le gustaba la panceta.

Suspiró y emprendió el camino que, tras más de veinte minutos de subir escaleras, cruzar salas, bajar escaleras, atravesar patios interiores, esquivar las gallinas y el gallo de Mallen, volver a subir escaleras y atravesar un jardín más bien descuidado, llegaba hasta la doble puerta que salía a la calle. Cómo siempre estaba cerrada pero no había ni rastro del guardia

que solía dormitar cerca de ella. Así que la joven deslizó el pesado cierre, empujó la puerta y salió al exterior del archivo. Estaba oscuro, muy oscuro. Demasiado oscuro para ser media tarde de un día de marzo. La calle estaba vacía pero eso no la sorprendió. No era la zona más concurrida de la ciudad, de hecho muchas de las mansiones y casas llevaban años deshabitadas, aunque solía haber algo de movimiento porque muy cerca estaba la subida al sexto nivel de la ciudad y a la ciudadela.

Marchó hacia la taberna que había un poco más abajo mientras le seguía dando vueltas al pergamino que según el archivero era un listado de bienes del palacio del rey Eärnur.

—O el maestro me está tomando el pelo o algo se me está escapando —murmuraba entre dientes mientras caminaba presurosa—. Los documentos de palacio en la época de los reyes se distinguían por la escritura sobria y casi arcaica pero en ese pergamino es pequeña, densa y apresurada. Además el tipo de piel parecía más de cabrito que de cordero, lo que denotaba que no procedía de los talleres reales sino de alguno de poca valía, quizá de alguna ciudad menor o fortaleza. ¿Tharbad?¿Aglarond?

Lala se detuvo y no supo qué pensar. La taberna estaba cerrada a cal y canto. No había luz en las ventanas. Silencio y oscuridad. La joven miró alrededor buscando a alguien que pudiera explicarle aquello. No lejos vio a dos hombres que cargaban sendos sacos y se dirigían con cierta prisa hacia la bajada al cuarto nivel. Corrió tras ellos y, tras preguntarles dónde estaba todo el mundo y que estaba pasando, sólo le dijeron

—Pero ¿no lo sabes? No ha amanecido y la ciudad está bajo asedio, los que puedan luchar deben acudir a la muralla del primer nivel, el resto han huido o se han refugiado.

Lala entonces fue consciente de todo. Hacía más de una semana que apenas abandonaba el archivo y ya ni sabía en qué mundo vivía. Desde que llegó el mensaje del Senescal pidiendo que se buscase información sobre los Periannath, su origen, historia y costumbres, ni ella ni el maestro ni, probablemente, Mallen, habían salido a la calle. Y eso sin contar las visitas del sabio Mithrandir que tanto revuelo habían causado, acrecentando el desorden del archivo (si eso era posible) y alterando la salud y el humor del maestro. ¡Asedio! Entonces no habría bocata de panceta ni vino de Lebennin. La joven dio la vuelta y regresó lo más rápido que pudo.

—Guerras, asedios y luchas. ¡Siempre estamos igual! —El maestro se sentó de nuevo en el cómodo sillón rodeado de montones y montones de códices, cuadernos y pergaminos. En su mesa, iluminada por dos gruesas velas y un candil de aceite, había acumulados una extraña amalgama de mapas, planos diversos, dibujos y manuscritos con pinta de ser tan antiguos como la ciudad. Y un enorme plato con queso, embutidos, pan negro, frutos secos y un par de huevos—. Las guerras solo traen problemas y más trabajo, como decía mi maestro, el viejo Ithron Hinuden. Y encima suponen un riesgo extremo para este lugar. Ninguna ventaja.

—Pero esta vez parece distinto, maestro —dijo Lala—. Me he cruzado por la calle con una de las ayudantes de Ioreth, de las Casas de Curación, y me ha dicho que están atendiendo a muchos hombres heridos provenientes del muro exterior y que allí se dice que la ciudad puede caer. Y si eso pasa, Gondor será destruido y nosotros moriremos.

—¡Qué sabrá ella de eso! Y si la ciudad cae ¿crees que eso cambiará algo? Vamos a morir igual. Yo antes que tú, Lala. De hecho yo ya debería estar muerto pero se ve que no sé morirme y aquí sigo, rodeado de pergaminos, incunables, libros de cuentas y todo lo que este reino ha ido acumulando y no hay manera de ordenar. —El maestro cogió un trozo de queso, lo olió, y lo dejó de nuevo en el plato—. Esto sin vino no me entra. Toma, —le dijo— yo no tengo hambre desde que estuvo por aquí Mithrandir.

La joven aprovechó la ocasión y comió aquél queso. Era de Lamedon y además de estar bueno decían que tranquilizaba el ánimo.

—Lala, esta ciudad es vieja pero poderosa. Defendida por hombres bien dirigidos y fuertes no caerá fácilmente. Lo que es seguro es que este archivo, en cambio, se nos cae encima y solo estamos tú, yo y el camastrón de Mallen y sus gallinas para evitar que eso suceda. Por cierto ¿le has visto hoy o está, como siempre, más preocupado de su particular granja que de los documentos de este lugar?

—Le he oído por allí. —La joven señaló en dirección al último lugar dónde lo había escuchado varias horas atrás. El maestro entrecerró los ojos como consultando un mapa en su memoria.

—Está entonces entre los Argonath y Dagorlad, buscando lo que fuera que le dijera Mithrandir hace tres días. Ese viejo y sus acertijos. Si no fuera tan gruñón hubiéramos hecho buenas migas hace años. ¿Te he contado cuando hace dos o tres inviernos estuvo aquí metido varios meses, rebuscando y rebuscando? Apenas decía otra cosa que ¡buenos días! y ¡buenas noches! Y en ocasiones le acompañaba el joven Faramir, al que considero un archivero dignísimo y sabio entre los hombres, que tantas jornadas ha pasado entre estas paredes desde que era un niño. Pero, volviendo a Mithrandir, un buen día encontró un pergamino que le iluminó el rostro, creo que un manuscrito del mismo Isildur, y se fue como había venido. Al pobre Mallen le tocó ordenar todo lo que el viejo dejó por aquí y por allá. Un desastre. Eso sí, de lenguas sabe mucho, porque todo lo que caía en sus manos parecía entenderlo con suma facilidad. Quenya, sindarin, adunaico, incluso khuzdul. Con tres como él este lugar estaría ordenado y clasificado en menos de un lustro. En fin. Estoy cansado y me duele el pecho Lala, si no te importa voy a relajar la vista un rato. No te preocupes por la guerra ahí fuera. Nuestra batalla está aquí dentro.

Y tras decir esto, recolocarse en el sillón y cruzar las manos sobre el vientre, el maestro se durmió.

“Qué hombre tan curioso” pensó Lala “es al mismo tiempo gruñón y entrañable”.

El viejo archivero roncaba sonoramente mientras la joven trataba de poner orden en la mesa del maestro. Mapas de Gondor, Ithilien, Mordor, Rohan y del viejo reino de Arnor. Listados interminables. Códices de todos los tamaños. Pergaminos sueltos, amontonados sin aparente criterio. Anotaciones por todas partes que trataban de crear un orden dónde parecía no haberlo. Aquella mesa era un resumen del lugar. El archivo de Minas Tirith era demasiado grande, demasiado viejo, demasiado imponente como para que pudiese ser ordenado. Lala ya había asumido que, a lo sumo, podrían preservarlo como una especie de

recuerdo que nos negamos a olvidar. Quizá con más gente, con más tiempo, con más ilusión. Pero ¿de dónde sacar todo eso? La ciudad, incluso sin guerra, estaba vacía. El tiempo escaseaba, de hecho parecía estar terminándose. Y la ilusión hacía tiempo que se había desvanecido del corazón de la gente de Gondor.

La joven dejó dormir al maestro y volvió a su mesa. Allí Mallen le había dejado un montón de pergaminos y códices y una breve nota escrita:

"Lala: Aquí te dejo lo que he encontrado sobre la llegada de Elendil, la Última Alianza y la coronación de Meneldil. Mithrandir buscaba cualquier cosa que hubiese sobre estos asuntos y el maestro quería verlo antes de llevarlo a la ciudadela. Bajo a las salas inferiores porque creo que hay más documentos allí. Han quedado unos cuantos huevos en el gallinero, por si quieres comer alguno. ¿Hay panceta? M.".

La joven suspiró y comenzó a clasificar todo aquello como buenamente pudo escuchando de fondo los ronquidos del archivero. Casi todos los pergaminos estaban bien conservados, pese a que eran realmente antiguos. La caligrafía era siempre elegante y precisa. No se notaban las distintas manos detrás de cada documento. De hecho Lala tenía la sensación de que tras todos los pergaminos latía la misma sangre, como si solo hubiese una mano sujetando la pluma, año tras año, siglo tras siglo. "La mano de Gondor" pensó la joven, que utilizaba en cada ocasión a un escribano distinto y le infundía de algún modo el conocimiento preciso para que aquellas tengwar, aquellas letras, fuesen idénticas a las del pasado y a las del futuro. "El archivo es Gondor" decía al maestro y no le faltaba razón.

La joven no fue consciente del paso del tiempo. Cuando se sumergía en aquellos antiguos escritos su mente olvidaba todo lo demás. Los nombres que leía eran tan evocadores que secretamente disfrutaba imaginando como debieron ser aquellas personas y aquellos tiempos. Elendil el Alto, Isildur, Anarion, el señor Elrond, el rey Gil-Galad, los enanos de Khazad-dum, Sauron, la misma Númenor… Lala veía y vivía en su imaginación todo aquello.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos, tres, cuatro horas quizás? Por eso se alarmó al comenzar a oler que algo se estaba quemando. Temió que, en un descuido, una de las velas de su mesa o del maestro hubiese prendido algún papiro o pergamino. Levantó la cabeza y revisó de un rápido vistazo todos los puntitos de luz que había al alcance de su vista. No se veía nada anómalo. Pero el olor a quemado aumentaba. La joven se puso en pie y comenzó a olfatear tratando de averiguar de dónde procedía el olor. Dejándose guiar por su nariz comenzó a avanzar hacia el lugar dónde se percibía con más fuerza aquél aroma tan peculiar que produce la madera al arder. ¡Las salas inferiores!

Corrió lo más rápido que pudo hacia la escalera que, dos salas más allá, bajaba en círculos hacia los niveles cuarto, tercero y segundo. El olor se acrecentó tanto que temió encontrarse con grandes llamaradas incluso antes de comenzar el descenso pero allí todo parecía tranquilo. Las estanterías seguían en silencio, intactas, repletas de códices amontonados y apenas iluminadas por los candiles que Mallen había colgado en algunas paredes y columnas. Lala siguió avanzando hasta llegar a la puerta de la escalera. Estaba abierta y daba paso libre a los fríos escalones de piedra gris y negra que se dirigían hacia abajo. La joven no dudó y comenzó a bajarlos saltando de dos en dos mientras gritaba "¡Mallen, Mallen!".

Llegó a la puerta entreabierta del cuarto nivel. La empujó sin contemplaciones y echó una ojeada al interior de la sala. Todo estaba tranquilo allí. Oscuridad, polvo y desorden. Lo normal. Cerró la puerta y siguió bajando mientras gritaba el nombre de su compañero. El olor a quemado era muy fuerte en la escalera y ahora, además, venía acompañado por un estruendo creciente, como una tormenta que se agita y se aproxima. Lala comenzó a ver humo y temió lo peor. La puerta del tercer nivel estaba bien cerrada. Pero en la escalera el olor era muy fuerte, el humo se arremolinaba en el techo y el ruido ya no era de una tormenta sino una mezcla de llamas, gritos y aullidos. La joven comenzó a toser y a notar como se le llenaban los ojos de lágrimas, pero siguió bajando por aquella espiral de piedra. Tenía que encontrar a Mallen y salvar el archivo. Ya solo quedaba la puerta que daba acceso al segundo nivel. Su compañero tenía que estar allí. Lala se armó de valor y bajó el último tramo de escaleras.

Una luz rojiza y oscilante iluminaba los peldaños, las paredes, el techo abovedado. La puerta estaba abierta y dejaba ver unas rugientes llamas que trepaban hasta el techo al fondo de la sala. Una docena de estanterías de madera ardía y el fuego se expandía por los montones de legajos, pergaminos y códices que se amontonaban en el suelo. Lala vio una figura pequeña que se dirigía velozmente a una columna que sostenía el centro de la bóveda. Era Mallen, o eso creyó la joven. La figura se tapaba la boca y la nariz con un paño mientras trataba de manipular algo en el pilar de piedra. Lala gritó el nombre del muchacho varias veces mientras trataba de acercarse. En ese momento su compañero se giró y pareció percatarse de la presencia de la joven.

—¡Cierra la puerta y sube arriba, yo voy en seguida! —le gritó— ¡Esto lo tengo controlado!— Y al decir esas palabras Mallen accionó una palanca. Lala apenas tuvo tiempo de regresar hasta la escalera y cerrar la puerta. El joven había activado el mecanismo que protegía el archivo del fuego. En cuanto tiró de la palanca pasaron tres cosas a la vez: primero se abrieron unos conductos en varias columnas por los que empezó a fluir a gran velocidad una ingente cantidad de agua que se esparció por la sala. Después se comenzaron a cerrar todas las puertas que daban acceso a las salas del archivo en ese nivel impidiendo así que tanto el fuego como el agua se expandieran de manera descontrolada. Y, por último, se abrieron unos pequeños aliviaderos en las paredes exteriores que permitían salir el agua cuando alcanzase cierta altura evitando así la total inundación de las salas.

De todo este despliegue de ingeniería numenoreana Lala no sabía nada. Ella sólo había oído un estruendo tremendo cuando el agua empezó a inundar la sala y un siseo ensordecedor cuando el fuego empezó a extinguirse. Y ahora sentía una terrible sensación de ahogo mientras se trastabillaba escaleras arriba envuelta en humo y tosiendo. Cada paso le costaba un poco más que el anterior y, para colmo, empezó a sentir un miedo irracional que se extendía por todo su cuerpo, paralizándola. Su mente se llenó de dudas, su corazón se vació de toda esperanza y algo parecía susurrarle que no merecía la pena seguir viviendo, que la guerra, la muerte, lo arrasarían todo. También a ella.

Pero ese sentimiento de oscuridad y vacío, igual que había llegado, pareció alejarse y recobró el dominio de sí misma. Sin saber muy bien cómo, logró alcanzar la puerta del quinto nivel. El humo allí apenas era perceptible y el ensordecedor ruido de tres niveles más

abajo era un rumor distante. En cuanto cruzó el umbral se dejó caer al límite de sus fuerzas. Lo hizo sobre un montón de pergaminos que hicieron las veces de improvisado colchón y que resultaron ser mucho más cómodos de lo que podía pensarse, aunque Lala no fue consciente de ello porque, sencillamente, se desmayó.

“Llamaradas rojas y amarillas mezcladas con unas sombras aladas que extendían el miedo y la muerte por todas partes. Murallas hechas de viejos códices que se consumían en el fuego y se derrumbaban sobre una multitud aterrada. El archivo en llamas, Gondor en llamas. Gritos desgarrados, el aullido de un lobo y redobles de tambores siniestros que lo llenaban todo. Un árbol seco convertido en cenizas arrastradas por el viento. Una noche sin fin que venía del Este. Pero también una pequeña pero brillante luz blanca, el sonido del mar y un refrescante olor a romero”.

—Ya vuelve en sí. —La voz de una mujer joven fue lo primero que escuchó Lala al intentar abrir los ojos. Notaba los párpados pegajosos pero frescos. También olía bien, como a los campos cercanos a su hogar.

—¿Dónde estoy?¿Por qué no puedo abrir los ojos?¿Estoy muerta?¿A qué huele? —dijo Lala.

—Estás en el archivo. Te he puesto unos emplastos de jengibre en la cara y las manos para aliviarte. Y un poco de romero para que respirases mejor después de aspirar tanto humo.

—A mi me huele a guiso de garbanzos con pollo. —La voz de Mallen era inconfundible.

—Y tienes buen aspecto, jovencita, así que no creo que te hayas muerto. Estás de una pieza aunque un poco ahumada, podría decirse. —El maestro archivero la tranquilizó—. Mallen ve a por un poco más de agua al patio de las gallinas.

—Voy para allá. —La voz del joven sonaba jovial y, en cierto modo, aliviada. Lala escuchó unos pasos alejarse velozmente.

—¡Mallen! —Se irguió rápidamente y trató de quitarse los emplastos que cubrían sus ojos, pero le sobrevino un repentino ataque de tos. Notó unas fuertes palmadas en la espalda y una mano que la sujetaba por los hombros.

—No te precipites, Lala. —La voz de la mujer seguía siendo amable pero firme—. Has estado inconsciente y tu respiración no es muy buena. Se paciente ahora y reposa unos minutos.

—Pero Mallen… ¿Está bien?

—Está como siempre —dijo el archivero—. Subió corriendo por la otra escalera y me contó lo del incendio en el segundo nivel. También me dijo que te vio allí abajo y que creía que estabas en peligro. Así que me arrastró, ¡a mi edad!, hasta la puerta de la escalera circular y allí te encontramos. Parecías muerta, tiznada por completo de hollín, como una sombra. Menudo gritó pegó el jovencito. Le mandé que buscase ayuda y al poco trajo consigo a…, eh…

—Yestarë. —La voz de la mujer sonaba divertida.

—Eso, Yestarë. —Prosiguió el maestro—. Entre los tres te trajimos hasta aquí. Y ahora estás bien. Asunto arreglado.

Lala, respirando mucho mejor, se logró quitar con suavidad el empasto que cubría sus ojos. Estaba sentada encima de una de las mesas de trabajo del archivo, muy cerca de la suya. Habían improvisado un lecho allí mismo. Probablemente el único lugar despejado de toda la sala.

—Y ahora debo regresar a las Casas de Curación. Hay demasiado trabajo allí y faltan manos para atender a los heridos. Esta horrible noche parece no terminar nunca. Y tú, maestro archivero, deberías descansar o tu corazón no aguantará mucho más, me temo. —Y al decir esto la mujer se despidió de ambos.

—Mi corazón es cosa mía —dijo el anciano mientras la sanadora se alejaba—. Saluda a Ioreth de parte de su tío. Seguro que le hace ilusión saber que sigo vivo, si es que se acuerda de mí, claro. —Y dirigiéndose a Lala añadió— Bueno, jovencita, creo que podrás ponerte de pie, te hará bien moverte un poco.

—Pero había un incendio…

—Eso me dijo Mallen. En el segundo nivel, en el que tanto trabajó mi maestro Ithron Hinuden cuando yo tenía tu edad y él ya era mayor. La tumba de las Viejas Casas lo llamaba. Nada que echemos en falta. Los registros de las familias nobles que desaparecieron hace siglos y que trajeron a este lugar por no dejarlos pudrirse en sus caserones abandonados. Y al final se han pudrido y quemado aquí. —El maestro sonaba resignado—. Sólo me apena que allí se guardaban también las anotaciones e ilustraciones que mi maestro hizo a lo largo de sus años. Pero al menos parece que se salvaron las otras salas. Mañana, si es que hay un mañana, lo sabremos.

—Pero el fuego… ¿cómo…?

—¿Cómo comenzó? La guerra. La maldita guerra. Arde todo el primer nivel de la ciudad y seguramente alguna ascua o a saber qué cosa entró por algún ventanal de allí abajo. Poco bastó para que se prendiese un viejo pergamino cubierto de polvo. No importa ahora. Mientras te atendía Yasta…

—Yestarë.

—Eso. Pues mientras te atendía me acerqué a uno de los balcones a mirar ahí abajo. Mala cosa. Muy mala. El Pelennor arrasado, el muro del Rammas quebrado, las granjas ardiendo. Hay lucha en toda la muralla exterior. Y la Gran Puerta de la ciudad está bajo ataque. Si la quiebran entrarán y entonces… —La voz del archivero se resignó—. Entonces se acabó lo que se daba. Pero hasta ese momento nuestro deber es para con el archivo. Venga, baja de ahí que no creo que al señor Faramir le haga mucha gracia que uses su mesa de cama. Acompáñame al patio dónde Mallen guarda las gallinas. Debería amanecer pronto y hay que organizar el trabajo de mañana.

Lala se apoyó en el brazo del archivero y, juntos, recorrieron el sinuoso camino que les llevó hasta la entrada de la gran sala. La joven fue consciente entonces del terrible rumor que

penetraba desde el exterior. Una amalgama de sonidos dominados por el retumbar de unos tambores terroríficos. Aquel sonido rítmico no presagiaba nada bueno. Cuando por fin llegaron al patio de las gallinas se dirigieron a los balcones que permitían ver la llanura del Pelennor y, en un buen y claro día, el recorrido del río Anduin hasta casi la desembocadura al gran mar. Allí se encontraba Mallen, con un cubo lleno de agua en una mano, y con la otra apoyada en el muro bajo del balcón que daba a la llanura. A sus pies varias gallinas picoteaban el suelo. Fijaba su atención en lo que sucedía fuera. Cuando se dio cuenta de la presencia de Lala y del maestro dijo:

—Vaya jaleo hay liado allí abajo. Se me espantan las gallinas con tanto ruido.

La joven se asomó por encima del muro bajo. La llanura era oscuridad, fuego y destrucción. Y en el centro de todo ello, envuelta en humo, una estructura gigantesca con cabeza de lobo avanzaba empujada por cientos de criaturas hacia la Puerta. Aquellos terribles tambores parecían animar su paso. Nada la detenía en su avance: ni las flechas de los defensores, ni los cadáveres que se amontonaban frente a ella.

—Han traído un ariete bastante grande —dijo el maestro— pero no creo que sea capaz de derribar la puerta.

En ese momento se hizo un silencio en la llanura. Desde aquél balcón no podían ver con claridad que sucedía pero súbitamente redoblaron los tambores y se oyó el retumbar del ariete contra la madera y el acero del portón de la ciudad. Lala, Mallen y el archivero notaron un escalofrío recorrer sus cuerpos cuando llegó hasta ellos el eco de una voz inhumana gritando en una lengua olvidada palabras de poder y terror. Tras aquél espantoso sonido el ariete volvió a golpear contra la Puerta. Tres veces se repitió aquél grito y tres veces aguantó la maciza madera pero con la última embestida cedió y la Ciudad Blanca quedó abierta.

—Pues sí ha podido —dijo Mallen.

Y los tres sintieron que la oscuridad lo envolvía todo.

En ese momento hubo algo de movimiento entre las gallinas que picoteaban a los pies del joven. Entre ellas apareció el gallo que las señoreaba y, como todas las mañanas, se subió de un salto al murete, ignorando todo lo demás, extendió su cresta rojiza y cantó de aquella manera clara y aguda que se oía por toda la ciudad. Y como una respuesta imprevista llegó un eco traído por el viento a lomos de caballos y de jinetes del norte: los cuernos de los jinetes de Rohan.

—¡Vaya! Han tenido a bien aparecer —dijo el archivero—. Al final todo aquel asunto de la flecha roja de hace unas semanas ha dado sus frutos. ¿Veis cómo tenía razón cuando os dije que había que buscar los pergaminos de época del Senescal Cirion y del Juramento de Eorl? Tanto por ordenar y tan poco tiempo…

Lala temblaba de frío y de miedo mientras escuchaba al anciano hablar de la importancia de clasificar correctamente el contenido de las salas más antiguas del archivo. Mallen había dejado de prestar atención a lo que sucedía en el Pelennor y estaba atendiendo a las

gallinas. En cierto sentido a la joven le parecía estar viviendo en un sueño extraño; Minas Tirith asediada, un incendio en el archivo, una espectral voz frente a la Puerta, unas gallinas en el patio y ahora el sonido de cientos de cuernos rebotando por las laderas del monte Mindolluin. Y a la vez la extraña calma de Mallen recogiendo los huevos del día y el maestro hablando de ordenar lo inabarcable. La joven no sabía si echarse a reír o caer al suelo desesperada.

—Habrá que buscar en la tercera sala del cuarto nivel los legajos que reúnen los hechos del Harad —seguía diciendo el archivero— porque juraría que ese pendón que se despliega allí lejos es el suyo. ¿Lo véis? La serpiente negra sobre fondo escarlata. Sí, estoy seguro de ello. Parece que hay trifulca a su alrededor si la vista no me engaña. Y también veo los estandartes de las tribus variags de Khand. Mallen deja las gallinas y mira a ver qué encuentras sobre el Harad, los variags y sus señores.

—Ahora mismo.

Y tan pronto como lo dijo el joven desapareció por la puerta que llevaba al interior del archivo. Lala estuvo tentada de seguirle y alejarse de aquél lugar pero antes de que pudiera ponerse en pie ya la estaba llamando el maestro con un gesto.

—Mira. Se hace una salida desde la Puerta. Por los estandartes diría que son el Príncipe Imrahil de Dol Amroth, Hurin el Alto, el Señor de Lossarnarch y creo que Hirluin de las Colinas Verdes. No creo que de la Ciudadela nos reclamen información sobre ellos porque son actuales y poco hay en los archivos, aunque nunca se sabe, cosas más raras he visto en mis años entre pergaminos, códices y mapas antiguos.

Las palabras del anciano se vieron cortadas súbitamente por unos gritos desesperados que se alzaban desde el sexto círculo de la ciudad. Los centinelas allí apostados, casi noventa pies por encima del patio dónde estaban Lala, el archivero y las gallinas, señalaban asustados al cauce del río Anduin y proferían gritos de alarma y desesperación. Pues subía por aquellas aguas una flota inmensa de galeones y otras embarcaciones con las velas negras desplegadas.

—Caramba, parecen barcos de Umbar —dijo el archivero—. Mala cosa. Vamos a tener que buscar muchos antiguos manuscritos a este ritmo.

Ante Lala se mostraba el Pelennor con la claridad del sol que ascendía y las nubes oscuras que retrocedían poco a poco hacia el Este. Los jinetes de Rohan formaban un círculo alrededor de su estandarte, rodeados de criaturas que les atacaban con renovado furor. Veía como la salida encabezada por el Príncipe Imrahil no lograba avanzar lo suficiente como para socorrer a los eorlingas. Y ahora aquellos barcos que se acercaban al Harlond, el puerto de Minas Tirith, prestos a cerrar la trampa sobre las fuerzas de los Hombres

Entonces sopló una brisa suave y fría desde las montañas que agitó el cabello de Lala. Y como una respuesta silenciosa de la primera de las naves brotaron unos destellos brillantes. La joven fijó su mirada allí y le pareció ver que provenían de un estandarte desplegado al viento, de campo negro, con el Árbol Blanco de Gondor circundado por siete estrellas y nimbado por la corona de Elendil.

—¡El Rey ha llegado!¡Elendil, Elendil! —Y mientras Lala gritaba con todas sus fuerzas sonaban fanfarrías, campanas y gritos de júbilo por toda la ciudad.

—Lo que nos faltaba — dijo el maestro archivero—. Ahora sí que vamos a necesitar todo lo que podamos encontrar sobre el último rey de Gondor, Eärnur, y la ceremonia de las coronaciones. Me da en la nariz que desde la Torre Blanca nos lo van a pedir. —Pero, por primera vez, Lala descubrió que la voz del anciano sonaba ilusionada.

Fueron días de mucho ajetreo y trabajo. En eso no se diferenciaban de lo que era habitual en el archivo, por otra parte. Desde que terminó el asedio de Minas Tirith habían pasado muchas cosas en la ciudad pero Lala, Mallen y el maestro vivieron ajenas a casi todas ellas. Entre los muros de las salas repletas de manuscritos, códices y viejos libros se libró una singular contienda desde que llegó, tal y cómo había predicho el anciano, un mensajero que portaba la librea negra del Senescal.

Durante nueve días, con sus nueve noches, tuvo lugar aquél singular enfrentamiento del que casi nadie tuvo noticias en la Ciudad Blanca. Los tres, con sus menguadas fuerzas pero impulsados por una fuerza que no dejaba de sorprenderlos (¿Ilusión?¿Novedad al fin?¿Un cambio en el ánimo de la propia ciudad?) impusieron algo similar al orden en todo lo referido a los documentos de tiempos del último rey de Gondor. Y, por fin, un día al despuntar el décimo día desde la batalla de los Campos del Pelennor, el archivero dijo: —Ya está listo.

Sin esperar ni un instante más, acompañado por Lala y Mallen, cargados hasta el límite de sus fuerzas con códices, manuscritos y libros, recorrieron la larga caminata desde la Sala principal del Archivo hasta la entrada a las Casas de Curación, pues allí se encontraba recuperándose el señor protector de la ciudad, Faramir hijo de Denethor. El Mayoral que los vio llegar desde lejos, y que bien conocía al anciano porque había discutido con él no pocas veces en relación a tal o cual libro, supo que la cosa era importante porque el maestro nunca abandonaba sus dominios.

Y no le faltaba razón porque poco después de que el joven Senescal se reuniese con aquella comitiva, con la que tantas horas había compartido en las salas del Archivo años atrás, llegó un gran águila volando desde el este y trajo consigo la noticia de que la Torre Oscura había sido destruida, Sauron había sucumbido para siempre y el Rey retornaría a la Ciudad Blanca. Así pues, ese mismo día, 25 de marzo del año 3019, se pusieron en marcha muchas cosas que Minas Tirith no había visto desde hacía más de mil años solares. Todo debía estar listo para la esperada jornada y era mucho lo que había que hacer.

Durante los siguientes días Lala ejerció más de correveidile que de archivera y Mallen pareció quedar a cargo del Archivo, con sus gallinas y el bendito gallo. Por su parte el anciano maestro apenas se apartó del Senescal, convirtiéndose en uno de sus consejeros más cercanos en esas largas jornadas.

Gracias a los códices y viejos manuscritos que habían trasladado desde el Archivo se pudieron preparar los antiguos ceremoniales, las fórmulas de cortesía y los juramentos de honor y mando. Se reavivó el fuego de las tradiciones que parecían muertas pero qué, protegidas en las abovedadas salas a las que poca gente ya prestaba atención, habían perdurado hasta el día que ya se acercaba. Y así se preparó todo bajo la atenta supervisión del maestro archivero que parecía haber rejuvenecido e iba y venía junto con el Senescal como el más jóven de los guardias.

En esos días Lala tuvo tiempo de bajar al segundo nivel, acompañada de Mallen. Pudieron comprobar que el fuego y el agua habían dañado y destruido para siempre un buen número de registros, códices y viejos documentos. Muchos más de lo esperado pero de menor valor de lo que temían. Entre lo que se pudo recuperar se encontraron archivos particulares de algunas casas extinguidas hace tiempo pero que tuvieron gran importancia en los días de mayor esplendor de Gondor. Y, bajo un montículo de restos quemados, enterrado como un rey de antaño, la muchacha encontró un cofre de excepcional calidad y talla que perteneció a uno de los maestros archiveros del pasado, Ithron Hinuden “el sabio”. Al abrirlo descubrió en su interior manuscritos que también se habían salvado del olvido, del fuego y del agua. Le hizo tal ilusión encontrar algo intacto entre tanta destrucción que avisó a Mallen a gritos, y ambos lo llevaron tal cual estaba hasta el lugar dónde el Senescal Faramir y el maestro archivero se encontraban. Cuando les vieron llegar, cubiertos de suciedad y agotados pero con un brillo en la mirada que iluminaba todo a su alrededor, los dos hombres dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a los dos jóvenes.

—Lala, pareces una minera. ¿Qué traes ahí? —preguntó el archivero.

—Lo único que se ha salvado del incendio en la sala del segundo nivel —respondió la joven— . ¡Un cofre del maestro Ithron repleto de manuscritos de sus tiempos!

—¡Caramba! A estas alturas y ahora aparece. Veamos qué tiene ahí dentro. —El archivero no daba crédito a que algo se hubiese podido salvar del incendio.

—¡Maravilloso! —El Senescal mismo ayudó a la joven a apoyar el cofre en el suelo. Entre todos consultaron su contenido y se maravillaron de todo lo que encontraron porque, en cierto modo, toda Gondor parecía estar allí mismo. Ante ellos, con una caligrafía clara y de una nobleza abrumadora, se desplegaron listados exhaustivos de la documentación archivada en las salas más antiguas, ubicaciones claras que permitían localizar legajos, códices y mapas, que de otro modo sería casi imposible encontrar. Al parecer sí que había algo de orden después de todo y el maestro Ithron había logrado desentrañarlo.

—La mano de Gondor —susurró Lala.

—Jovencita —dijo el anciano pasado un rato—, bien pareciera que entre el archivo, Mallen y tú tenéis algún tipo de acuerdo secreto.

—En verdad lo parece —añadió Faramir sonriendo—. Y creo que esta ciudad debe honrar ese acuerdo de algún modo.

Los días pasaron y aunque Lala y Mallen siguieron atareados con las cosas del archivo, les sorprendió que en cierta ocasión llegase desde la Ciudadela un señor de aspecto serio, les tomase las medidas y se fuese sin decir nada más que "¡No tengo tiempo, no tengo tiempo!". También les llamó la atención cuando, en otro momento, se les convocó en la armería para ver si había yelmos y cotas de su talla. Las hubo pero por poco, a fin de cuentas Mallen no era muy grande y Lala era alta pero su constitución no casaba bien con la típica de los soldados. Y lo que más les llamó la atención fue cuando, antes del amanecer del primer día de mayo, se les convocó en la Torre Blanca, se les vistió como si fueran guardias de la misma, y se les llevó ante el Senescal y al maestro archivero.

—Lala, Mallen, archiveros de Minas Tirith —dijo Faramir—. Os eximo unas horas vuestras labores en el Archivo. Se os requiere para portar de nuevo el cofre del maestro Ithron Hinuden hasta la puerta de la ciudad, pues allí será necesario.

Ambos jóvenes, sorprendidos, hicieron lo que se les pidió. El maestro archivero caminó a su lado mientras descendían tras el Senescal y una importante comitiva de caballeros, guardias y gentes por las calles de la ciudad hacia la lejana puerta.

—Alegraos, jovencitos —les dijo cuando llegaban al final del recorrido—. Parece que, al final, tendréis vuestro sitio en algún manuscrito que os tocará archivar algún día.

—Pero ¿qué tenemos que hacer? —llegó a preguntar Lala.

—¿Es que nadie os lo ha dicho? ¡Qué cabeza la mía! Han pasado tantas cosas estos días —dijo el maestro—. ¡Cargáis en el cofre la corona del Rey!

Lala y Mallen sintieron de repente un peso abrumador sobre sus hombros y un temblor recorrió sus brazos. Habían llegado a la puerta. En el exterior, ante las murallas en un amplio espacio abierto flanqueado de caballeros y soldados y de gentes venidas de todo Gondor, se detuvieron. Frente a ellos Faramir el Senescal, Hurin el Guardián de las Llaves, la Dama Eowyn, el mariscal Elfhelm y otros capitanes de Gondor y Rohan, aguardaban a una nutrida comitiva que se acercaba desde el Pelennor. A la cabeza de la misma venía un grupo de hombres vestidos de gris y plata y al frente de ellos vieron al Señor Aragorn.

—Ahora, hijos míos, —les susurró el maestro— situaros detrás del señor Faramir y cuando se os indique llevadle el cofre. ¡Venga!

Los dos jóvenes archiveros avanzaron lentamente, con miedo a tropezar o caerse o temblar. Les parecía que todo el mundo giraba en torno a ellos, a ese momento, a ese lugar. Lala sintió que todo su trabajo en el archivo y los de todos los que habían hecho lo mismo antes que ella cobraba ahora sentido. Por eso cuando Faramir les hizo un gesto y se acercaron, y abrieron el cofre, y el Senescal tomó con sumo cuidado la corona entre sus manos y se la entregó al Señor Aragorn, Lala creyó vivir en un sueño. Y en su memoria quedó siempre ese instante como el brillo de una estrella que no se desvanece al amanecer.

…

—¿Pero cómo han llegado estas plumas hasta aquí? —dijo uno de los aprendices mientras las apartaba de encima de su mesa.

—Las gallinas del maestro Mallen campan a sus anchas por el Archivo —le respondió una de sus compañeras—. Pero no parece importarle a la maestra Lala. De hecho ayer la vi jugueteando con una de ellas en el segundo nivel mientras supervisaba el trabajo de los canteros enanos que están remodelando ese nivel.

—Ya os dije que las gallinas y el gallo se ganaron hace mucho el derecho a moverse por este lugar —añadió un tercer aprendiz desde una mesa un poco más alejada. —El propio rey Elessar así lo decretó cuando nombró archiveros de Gondor a los maestros. ¡Y vaya si las gallinas hacen uso de ese privilegio!

—Pero ¿cuánto tiempo ha pasado desde aquello?¿Treinta años?¿Son las mismas gallinas?

—No seas tonto —dijo la más joven de los tres—. Son otras gallinas. El maestro Mallen las trae nuevas cuando vuelve de sus viajes. Por eso hay tantas y de colores tan distintos.

—¿Qué hora es? —preguntó el primero—. Empiezo a tener hambre. Veo borrosos estos manuscritos. Creo que me voy a desmayar.

—Debe ser la hora de comer. Vayamos a la taberna que hay al final de la calle.

—Pues vamos antes de que nos echen en falta.

Y mientras los tres se apresuraban hacia la salida de la gran sala del Archivo llegó hasta ellos la voz de Mallen que, desde algún lugar indeterminado les gritó:

—¡Y a mi traedme un bocata de panceta!